

Homilía de XXIV Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2015 - 2016 - (Ciclo C)

“Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo”

Introducción

Las hemos escuchado tantas veces que no es sencillo acercarse con los oídos y, sobre todo, con el corazón nuevo a estas "Parábolas de la Misericordia". Tampoco es fácil para esta comunidad ni lo será para el/la predicador/a transmitir la novedad del evangelio una vez más. Pero este año tenemos una razón poderosa para atender a los relatos de la oveja y la moneda perdidas y el Padre misericordioso, y es que nos encontramos en el Año que la Iglesia, por deseo expreso de Francisco, ha dedicado precisamente a eso, a reflexionar sobre la Misericordia. Si siempre hemos de ser "misericordiosos/as" este año, hemos de intentarlo con más intensidad.



Comunidad El Levantazo
Valencia

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Exodo 32, 7-11. 13-14

En aquellos días, el Señor dijo a Moisés: «Anda, baja de la montaña, que se ha pervertido tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto. Pronto se han desviado del camino que yo les había señalado. Se han hecho un becerro de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman: "Este es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto"». Y el Señor añadió a Moisés: «Veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Por eso, déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti haré un gran pueblo». Entonces Moisés suplicó al Señor, su Dios: «¿Por qué, Señor, se va a encender tu ira contra tu pueblo, que tú sacaste de Egipto, con gran poder y mano robusta? Acuérdate de tus siervos, Abrahán, Isaac e Israel, a quienes juraste por ti mismo: "Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que he hablado se la daré a vuestra descendencia para que la posea por siempre"». Entonces se arrepintió el Señor de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo.

Salmo

Salmo 50, 3-4. 12-13. 17 y 19 R/. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre.

Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado. R/. Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme. No me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu. R/. Señor, me abrirás los labios, y mi boca proclamará tu alabanza. Mi sacrificio agradable a Dios es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado, tú, oh, Dios, tú no lo desprecias. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del Apóstol San Pablo a Timoteo 1, 12-17

Querido hermano: Doy gracias a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me hizo capaz, se fió de mí y me confió este ministerio, a mí, que antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente. Pero Dios tuvo compasión de mí porque no sabía lo que hacía, pues estaba lejos de la fe; sin embargo, la gracia de nuestro Señor sobreabundó en mí junto con la fe y el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús. Es palabra digna de crédito y merecedora de total aceptación que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero; pero por esto precisamente se compadeció de mí: para que yo fuese el primero en el que Cristo Jesús mostrase toda su paciencia y para que me convirtiera en un modelo de los que han de creer en él y tener vida eterna. Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 15, 1-32

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos». Jesús les dijo esta parábola: «¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, y les dice: "¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido". Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse. O ¿qué mujer que tiene diez monedas, si se le pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas y les dice: "Alegraos conmigo!, he encontrado la moneda que se me había perdido". Os digo que la misma alegría tendrán los ángeles de Dios por un solo pecador que se

convierta». También les dijo: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Recapitando entonces, se dijo: «Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”. Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron a celebrar el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”. Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Entonces él respondió a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”. El padre le dijo: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”».

Pautas para la homilía

"Y el Señor se arrepintió de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo".

El Testamento judío suele mostrarnos a este Dios poco paciente y juez que pierde los estribos ante la inmadurez e infidelidades de su pueblo. No le quitamos la razón para mostrar esa impaciencia ya que el pueblo de Israel, como el nuestro, como nuestra Iglesia y las comunidades de las que formamos parte y como nosotras y nosotros mismos, perdemos la perspectiva de la justicia y la misericordia y obramos con criterios que son más nuestros que de Dios. No nos extraña que este, en un arrebato más propio de seres humanos que del Creador bondadoso, quiera acabar, de un plumazo con esta historia, y empezar de nuevo contando solo con Moisés que parece más dispuesto a escucharle.

En este caso será la intercesión del propio Moisés la que recuerde a Yahvé como Él mismo sacó y liberó de Egipto a su pueblo, y la promesa de vida que hizo a sus antecesores. Y el Señor, "se arrepintió de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo"... hasta la siguiente...

Sin embargo, nosotros tenemos también la perspectiva del Testamento cristiano y hemos conocido, gracias a la predicación de Jesús de Nazaret y de la propia Iglesia, el nuevo rostro del Dios, Padre-Madre que nos ama como hijos e hijas y que hará lo posible por sacar adelante a cualquier grupo humano aunque muestre una "dura cerviz". ¡Qué suerte contar con esta novedad del evangelio! ¿no? A partir de ahora no necesitamos recordarle todo el tiempo a nuestro Dios sus promesas. Ya las tiene en cuenta en su trato diario con nosotros. Quienes nos hacemos llamar creyentes, somos quienes debemos recordar esas promesas, su liberación y actuar de modo coherente. ¿No es eso ser cristiano/a?

Es exactamente de ese Dios del que Pablo habla a Timoteo. El Dios paciente y compasivo que lo escogió, lo perdonó y "derrochó su gracia en mí, dándome la fe y el amor en Cristo Jesús". Nos facilita mucho las cosas tener de "ejemplo" cercano y humano a un hombre como Pablo. No tuvo unos inicios que podamos decir "brillantes" en esto de la fe y, sin embargo, nos deja un testimonio de vida. Pero, sobre todo, nos ha transmitido esta Palabra que libera, perdona y que nos da la vuelta como a un calcetín, haciendo de nosotras y nosotros seres humanos nuevos, con todas nuestras capacidades y potencialidades listas para servir en el Reino.

"¿No enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra?"

La Palabra hoy se nos presenta cargada, efectivamente, de paciencia, misericordia y alegría. Porque, ¿de qué si no nos habla el evangelio de Lucas cuando se refiere al pastor que una vez que ha encontrado a la oveja que ha perdido, reúne a los amigos y les pide que lo feliciten por ello? O la mujer, que no encuentra la moneda, pero que se pone manos a la obra, "enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado" y cuando la encuentra, hace lo mismo: junta a las vecinas y les dice: "Felicítadme, que he encontrado la moneda que había perdido".

No queremos que se nos escape tampoco un detalle. En las tres parábolas, quien actúa es siempre el mismo. Quien ha perdido la oveja, la moneda o el hijo es quien deja a las 99 y "va tras la descarriada"; quien "enciende la lámpara y barre la casa y busca con cuidado"; quien "lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo". Los tres personajes buscan "hasta que encuentran", porque en ello les va la vida y la alegría.

Sería un buen ejercicio hoy imaginarnos a nuestro Padre-Madre Dios haciendo esto mismo. Buscándonos, llamándonos, hasta encontrarnos. Y después, reuniendo a todos sus conocidos, montando una fiesta y pidiendo que lo feliciten, porque su pueblo, su Iglesia, cada uno y cada una de nosotras "estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado".



Comunidad El Levantazo
Valencia

Evangelio para niños

XXIV Domingo del tiempo ordinario - 11 de septiembre de 2016



Parábola de la oveja perdida

Lucas 15, 1-32

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los letrados murmuraban entre ellos: - Ese acoge a los pecadores y come con ellos. Jesús les dijo esta parábola: - Si uno de vosotros tiene cien ovejas y se le pierde una, ¿no deja a las noventa y nueve en el campo y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos para decirles: - ¡Felicítadme!, he encontrado la oveja que se me había perdido. Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse. Y si una mujer tiene diez monedas y se le pierde una, ¿no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, reúne a las vecinas para decirles: - ¡Felicítadme!, he encontrado la moneda que se me había perdido. Os digo que la misma alegría habrá entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta.

Explicación

A Jesús le acusaron mucho sus paisanos de ser muy blando y acogedor con las personas pecadoras y de mala fama. Y él explicaba su comportamiento, poniendo ejemplos para hacerse entender. A un pastor se le perdió una oveja. Y cuando al final del día se dió cuenta, dejó todo el rebaño recogido y se marchó a buscarla. Y cuando la encontró se llenó de alegría, la puso sobre sus hombros y la devolvió al rebaño. La misma alegría hay en el cielo por alguna persona que estando perdida ha sido encontrada. Jesús dice que él ha venido para encontrar lo perdido.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

Narrador: Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre:

Hijo menor: Padre, dame la parte que me toca de la fortuna.

Narrador: El padre les repartió los bienes.

No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente

Niño 1: No entiendo la actitud de ese hijo. Se ha comportado como un mal hijo.

Narrador: Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad.

Niño 2: Le está bien empleado por malgastar las cosas a destiempo.

Narrador: Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces, se dijo:

Hijo menor: Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros.

Niño 1: Parece mentira... Como dice el refrán: "sólo no acordamos de santa Bárbara cuando truena".

Narrador: Se puso en camino a donde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo.

Hijo menor: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo.

Padre: Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado.

Narrador: Y empezaron el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo.

Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba.

Mozo: Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud.

Narrador: Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él enfadado le dijo a su padre:

Hijo mayor: Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado.

Padre: Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández